

# Pedro Henríquez Ureña en la construcción de la cultura latinoamericana moderna

Autor:  
Mazoni, Celina.

Revista  
Boletín de Reseñas Bibliográficas

2000, N°7/8, pp. 207-211



Artículo

## PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA EN LA CONSTRUCCIÓN DE LA CULTURA LATINOAMERICANA MODERNA

por Celina Manzoni

Para Ana María Barrenechea

Quizá porque me parece difícil elegir los momentos de mayor productividad en la permanente indagación que, prácticamente desde su infancia, hasta su lamentada temprana muerte, realizó Pedro Henríquez Ureña, elijo colocarme en "El descontento y la promesa" de 1926 que abre sus *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, título que agradece a su "buen amigo y editor Samuel Glusberg".<sup>1</sup>

Creo que ese año de 1926 es clave en las relaciones, que algunos hoy pueden considerar como conflictivas, de Pedro Henríquez Ureña con la modernidad. Los contenidos de la modernidad aunque siempre esquivos y de difícil definición, llevan en esos años la marca de lo nuevo como bandera beligerante, sobre todo en las realizaciones de la vanguardia. Su manifiesto rupturismo, su explosión juvenilista y festiva, difícilmente podían ser objeto del fervor de quien había iniciado ya, aunque lo completaría años después, el movimiento de una tradición cultural en la que los pueblos de nuestra América pudieran reconocerse.

Pero, la modernidad en la que está inmersa su reflexión, es como siempre y gracias a su capacidad de suma y síntesis al mismo tiempo, la que describe en el último capítulo de su *Historia de la cultura en la América Hispánica*.<sup>2</sup> En "El momento presente, 1920-1945", da cuenta de la Revolución Mexicana y de las amplias transformaciones democráticas que realizó en el mundo obrero, campesino, legal y cultural; del momento peruano con la consolidación de Haya de la Torre como legislador del A.P.R.A. (Alianza Popular Revolucionaria Americana); de la influencia de la revolución rusa en toda América, de la fundación de los partidos comunistas, de la existencia de los partidos socialistas, así como de las consecuencias legislativas provocadas por las luchas políticas y sociales de carácter moderno. Considera la emergencia de las ciudades, el desarrollo de la prensa y

---

las empresas editoriales, los cambios en la enseñanza, sobre todo universitaria, en la que destaca la relación entre docencia e investigación, y los avances de los estudios filosóficos y científicos.

Analiza las transformaciones en la literatura, la música, la escultura, la pintura y la arquitectura y cree percibir en la renovación propuesta por las vanguardias, elementos que hermanan a los nuevos americanos con los nuevos españoles “sin prioridad de España sobre América, como en la era colonial, ni de América sobre España, como en el movimiento modernista de 1880-1890”.<sup>3</sup> Asume sin embargo la división que se produjo en el campo cultural en relación con la guerra mundial y las tensiones que significó la guerra civil de España, que si por un lado dividió a los intelectuales (y no sólo), por otro significó la búsqueda de un espacio para quienes iniciaron la diáspora después de la derrota.

Es como si en ese último capítulo se condensaran varios elementos; por una parte, lo que provisoriamente llamaré el estilo de Pedro Henríquez Ureña, por otra, su relación con una modernidad, algunos de cuyos contenidos define y, finalmente, lo que me parece uno de los motivos centrales de su indagación en la perspectiva de un programa de construcción de una tradición intelectual de estudios sobre la cultura. El motivo que se perfila como central en este momento, cuestiona el carácter de las relaciones entre la cultura americana y la cultura española y me referiré a él sólo en lo que concierne a la cuestión del nombre de América.

Las discusiones respecto del nombre de América tienen una larga tradición que se puede hacer remontar al siglo XIX, o incluso a los primeros siglos del descubrimiento y de la conquista, cuando sus principales protagonistas que le decían “Las Indias Occidentales”, se encontraron de pronto con el rotundo y afortunado “América”. En cada momento la discusión asume inflexiones diferentes; en los años veinte, la lucha de discursos en relación con el nombre suele expresar dramáticamente la dificultad para constituir una imagen y definir una identidad. Más allá de los discutibles criterios esencialistas que tiñen la cuestión, es posible entender la ansiedad del momento en relación con la pérdida del nombre de *americanos* naturalizado para los habitantes de las zonas colonizadas por el español y elevado al rango de divisa en los años de las luchas independentistas. Ya a fines del siglo XIX cuando José Martí cincela “Nuestra América”, tiene ante sus ojos la semilla de lo que luego, con el signo cambiado, intentará ser el panamericanismo: “América nuestra”. En los veinte, el nombre de americanos ha pasado a designar a los habitantes de lo que luego eufemísticamente se llamó *el gran país del norte*.

Podría decirse, exagerando quizá, que se reproduce de otro modo la situación de anomia de los momentos iniciales de la conquista. Se replantea así la pregunta acerca de la identidad. En los documentos del período se puede comprobar un permanente deslizamiento entre hispano, indo, ibero, afro, latinoamericano y otros que casi se constituyen en catálogos, como por ejemplo, indo-afro-iberoamericano. Si el nombre es lo que instala la distinción, la diferencia, la dificultad de nombrarse es por lo menos síntoma de un problema. Perdido el nombre de América, se vuelve imprescindible redefinirlo por el adjetivo que lo acompaña.

Pedro Henríquez Ureña, en medio de la tormenta, se mantiene todavía en 1926 en la denominación de *América* y de *americanos*; hace del idioma una piedra de toque, pero no naturalizada sino problematizada: "No hemos renunciado a escribir en español, y nuestro problema de la expresión original y propia comienza ahí".<sup>4</sup> Por eso intuye un camino en los valores del ritmo musical y alienta al trabajo sostenido para imponer la tonalidad propia "sobre el rojo y el gualda".

En la "Introducción" a las conferencias que pronunciara entre 1940 y 1941, invitado por la Universidad de Harvard, dice: "Mi primera intención fue limitarme en estas conferencias a la literatura de la América hispánica (nombre que me parece más satisfactorio que el de 'América Latina')".<sup>5</sup> Unos pocos años más tarde el consenso alcanzado por el nombre de América Latina será casi tan universal, que introduce la *Historia de la cultura en la América Hispánica*, diciendo: "La América hispánica, que corrientemente se designa con el nombre de América Latina, abarca hoy diez y nueve naciones".

La fortuna del latinoamericanismo se ha ido consolidando en las primeras décadas del siglo XX, luego de arduos tanteos; digamos para simplificar que ante el peligro, no metafórico, que significaba la cercanía del mundo llamado sajón, el refugio en la latinidad permitía la ilusión de la pertenencia a un mundo más amplio en el que confluían americanos del sur, del centro, españoles, rumanos, italianos, portugueses y franceses.

La denominación despertó resistencias, algunas fundadas en el temor a las nuevas formas de anexionismo que se vislumbraban en algunas capitales de Europa, pero una de las expresiones más interesantes de esa resistencia, sobre todo por la colocación de sus protagonistas, se formalizó en lo que se llamó la polémica del "Meridiano intelectual" iniciada en 1927 y terminada casi un año después. La anécdota es conocida: Guillermo de Torre, afiliado a los movimientos peninsulares de vanguardia, temeroso de que la propuesta del latinoamericanismo desplaza-

---

ra a España, propone que el “meridiano intelectual de América” pase por Madrid. A través de las revistas culturales se desata una discusión continental en la que predominan las notas de rechazo a una pretensión que, por lo menos, se considera anacrónica.<sup>6</sup>

Por los datos de que dispongo, Pedro Henríquez Ureña no participa de manera directa en la polémica, pero no era ajeno al problema y aunque su opción, luego sostenida con persistencia, fue por América Hispánica (que incluía también a Brasil), su argumentación no coincide con la de Guillermo de Torre. Con palabras cuyo eco resuena después en el Borges de “El escritor argentino y la tradición”, asegura que “tenemos derecho a tomar de Europa todo lo que nos plazca; tenemos derecho a todos los beneficios de la cultura occidental”<sup>7</sup>; pero, además, reconoce el prestigio decisivo de la cultura francesa (algo que operaba con mucha fuerza en la argumentación del latinismo).

Lo más interesante sin embargo, está al final de ese artículo fechado en Buenos Aires en 1926. Como adelantándose a la discusión del “meridiano intelectual”, aventura

*Si las artes y las letras no se apagan, tenemos derecho a considerar seguro el porvenir. Trocaremos en arca de tesoros la modesta caja donde ahora guardamos nuestras escasas joyas, y no tendremos por qué temer al sello ajeno del idioma en que escribimos, porque para entonces habrá pasado a estas orillas del Atlántico el eje espiritual del mundo español (p.35).*

Creo que la bullanguera vanguardia porteña nucleada en *Martín Fierro* que rehusó entusiasta el centralismo hispanizante de Guillermo de Torre, y llegó a proponer a Buenos Aires como meridiano, tuvo en Pedro Henríquez Ureña un aliado sereno capaz de escuchar con atención los cambios que se estaban produciendo en su contorno y que acompañaba de una manera no estridente muchas de las novedades de la difícilmente definible modernidad en la que se estaba desenvolviendo.

Una de las novedades de la modernidad vanguardista en América, pasó en algún momento por la ruptura y el dislocamiento de la lengua heredada, sobre todo en los casos en que se encontró ante una retórica tradicional hueca o grandilocuente, muchas veces calificada de “tropicalista”. La vanguardia brasileña (considerada y conocida por Pedro Henríquez Ureña), fue muy consciente de su rechazo de las formas heredadas y de la necesidad de crear un espacio crítico, nuevo, en ese

campo; también otras experiencias como la mexicana de *Contemporáneos* o la de la vanguardia nicaragüense. El mismo Henríquez Ureña es creador también de un estilo crítico desarticulador del tropicalismo y que lo emparenta con las búsquedas modernas, aunque quizás él hubiera preferido que se hallara el origen de su conciencia en la descripción que hace Colón (arreglada por Las Casas), de la isla de Guanahani, una primera tierra caribeña que probablemente alimenta los orígenes de una utopía de América. Hoy que el desprestigio se cierne sobre las utopías y sobre los grandes relatos, me parece importante reconocer que su concepción de la literatura latinoamericana como proceso, su conciencia de la memoria y de la ética le permiten elaborar un modelo coherente de historia cultural a la que habrá que volver una y otra vez.

## NOTAS

- <sup>1</sup> En las "Palabras finales" de *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, Buenos Aires-Madrid, Babel, 1928. Todas las citas corresponden a esta edición.
- <sup>2</sup> Pedro Henríquez Ureña, *Historia de la cultura en la América Hispánica* [1947], México-Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, Séptima edición, Colección Popular, 1964. Cito por esta edición.
- <sup>3</sup> *Ob. cit.*, p. 139.
- <sup>4</sup> *Seis ensayos, cit.*, p. 18-21.
- <sup>5</sup> *Las corrientes literarias en la América Hispánica* [1945],[1949], México, Fondo de Cultura Económica, Cuarta reimpresión, 1978, p.7. Cito por esta edición.
- <sup>6</sup> Desarrollo el análisis de esta discusión en "La polémica del 'Meridiano Intelectual'", en *Actas*, XXIX Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, Universitat de Barcelona, 15-19 de junio de 1992.
- <sup>7</sup> *Seis ensayos, cit.*, p. 29.